

# **AFRONTAR LA MUERTE CON VERDAD Y ESPERANZA**



Prof. Dr. Alfredo Tamayo Ayestarán



## INTRODUCCION

Sé que al abordar el tema de la muerte cometo hoy un pecado de *lesa cultura*. Mucho más quizás si me atrevo a profesar mi creencia en la supervivencia bajo la forma de resurrección de los muertos. La verdad es que cada vez siento más respeto por la opinión que no coincide con la mía siempre que se mueva entre ciertos límites. Dentro del ámbito en que nos movemos esto significa que respeto la postura de los que creen que la muerte comporta un final radical y absoluto y que lo mejor es ignorarla, no darle importancia, tomarla con tranquilidad. Pretendo tan sólo exponer mi creencia y mi actitud sin connotación dogmática o proselitista ninguna.

Mi tesis tiene dos partes:

- 1) Actitud de verdad frente a la muerte.
- 2) Actitud de esperanza.

## I. ACTITUDES FRENTE A LA MUERTE

Piensa López Aranguren que las actitudes frente a la muerte podrían reducirse a cinco:

- a) La muerte *eludida*. Es la actitud más frecuente puesto que la muerte es lo contrario a la vida. Se la considera como obsesiva y paralizante. Hoy por hoy la muerte no puede ser eliminada pero sí la preocupación por ella. Decía Max Scheler que la fe en el progreso ha llevado a la humanidad a la eliminación de la conciencia de la muerte y a la vez del pensamiento en lo más allá. El progreso de la medicina que prolonga la edad y la juventud (abuelos y abuelas jóvenes) produce una conciencia confusa de eterna juventud, una esperanza pseudo-científica de inmortalidad. Max Scheler habla de un pro-

gresivo considerar la muerte como algo no natural, como algo extraño. Es decir, se muere por accidente, por asesinato, porque no se llegó a tiempo, porque no se le aplicó tal medicamento.

A la vez de la muerte del otro se sustrae a nuestra vista. Dice Martín Heidegger: En el morir de los otros se llega a ver un inconveniente social, cuando no toda una falta de tacto, algo que debe ser sustraído a la publicación”.

Hay una desposesión de la singularidad de la propia muerte con un tipo de muerte standard bajo los efectos de los marcos que privan de la conciencia. Rilke hablaba de los “moribundos que mueren *tipo fábrica* en 559 camas sin muerte propia”.

b) La muerte *negada*. Se le quita peso e importancia. Es una simple despedida un hacer mutis por el foro. Se cuenta de Wittgenstein que en su lecho de muerte pronunció estas palabras: “Adiós, lo he pasado muy bien”. Decía Spinoza: “No hay nada tras la muerte y la muerte misma no es nada”. Y Séneca: “La vida es como una obra de teatro. Si te aburres te sales”. Algo semejante Epicuro y Sócrates en el *Fedón*.

c) La muerte *apropiada*. La muerte no es algo extrínseco, algo que nos venga de fuera. Es algo que llevamos con nosotros. La muerte no es algo que esté por delante, está en nosotros, camina con nosotros. “Cuna y sepultura van juntas” decía Quevedo. Rilke y Heidegger son los que mejor han insistido en esta apropiación. Dice Rilke: “Tengo que hacer de la muerte mi muerte propia, preparada, conformada, trabajada, dada a luz por mí mismo”. Y Heidegger: “En la angustia fundamental tomo conciencia de que soy *ser para la muerte*.”

“La muerte matiza, da color a todos nuestros contenidos... La presencia como en transfondo de la muerte da a la vida sentido y aún contenido” decía Ferrater Mora. No moriríamos en

un instante último sino que la muerte es un elemento continuamente conformador de nuestra existencia. Y J.L. Borges: “La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Éstos conmueven por su condición de fantasmas. Cada acto que ejecutan puede ser el último... todo entre los mortales tiene valor de lo irrecuperable y de lo azaroso”.

El pensar la muerte, el anticipar la muerte nos permite tener adelantado existencialmente nuestro ser total. Siempre somos lo que todavía no somos. Así interiorizamos la muerte.

d) La muerte *absurda*. Jean Palul Sartre lo ha subrayado especialmente. La muerte no es una posibilidad como quería Heidegger, sino la aniquilación de todas las posibilidades. La muerte es hecho, azar, exterioridad, no interiorización. Priva a la vida de todo significado. Pero podemos morir con autenticidad o inauténticamente, es decir creyendo en la superación de la muerte. El morir no nos perfila, ni cumple nuestra vida, la muerte nos enajena por completo. Hace de nosotros una especie de *presa de los vivos*, es decir de los que nos sobreviven.

Seguramente hay algo de verdad en todas o en algunas de estas concepciones y actitudes. Yo voy a exponer mi propia concepción y actitud.

## II. ACTITUD DE VERDAD ANTE LA MUERTE

Yo creo que la muerte es una cosa muy seria. Pienso que el bagatizarla no es simplemente humano. Que es normal que nos embarque la tristeza. Estoy en contra de los que naturalizan la muerte, de los que quieren una tumba que nade conozca, de los que deciden que sus cenizas sean arrojadas al mar. Yo estoy con Antígona y con su lucha por el honor al cadáver de su hermano. Pienso que el olvidar o camuflar o naturalizar la muerte no es ni deseable ni quizás posible.

Escribe el teólogo asturiano Ruiz de la Peña: “La muerte es el distintivo más infalsificable de la condición humana que desencadena todos los demás interrogantes. Quien la ignora hace agravio a la honestidad y permanece aún atrapado en las mallas de la ingenuidad”.

Hay algo de violento, de irreductible, de no fácilmente integrable en la muerte en general. Escribe Simone de Beauvoir: “No sé de una muerte natural, nada que pueda afectar a una persona es natural... para cada persona su muerte es un acto de violencia inmerecida”. E. Bloch habla de esa tremenda humillación de “*acabar como el ganado*”. La muerte no es racionalizable, es la mayor *antiutopía*, la devoradora más radical de toda la teología.

El poeta José María Valverde nos ha dejado estos versos:

Tengo miedo a ese pozo vacío  
A esa noche sin fondo  
Aunque Dios esté atrás  
Tengo miedo a la muerte  
Oh Señor, anestésame la muerte  
Como a tantos les haces con la vida  
Oh, ser sólo una vez y sin remedio  
Anestésame la muerte”

Y nuestro Miguel Unamuno escribe: “No quiero morirme, no, no quiero quererlo, quiero vivir siempre: y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí”. L. Kolakowski insatisfecho con la respuesta colectivista del marxismo al problema de la muerte, escribe: “Si el ser humano es un valor absoluto y único, la muerte de cada uno es una tragedia y una pérdida irreparable. No hay historia que le consuele”.

A mí personalmente me resulta más real, humana, y próxima la angustia, el miedo de Jesús de Nazaret en el olivar de Gestsemaní (“Mi alma está con una tristeza de muerte”) que la serenidad y frialdad de Sócrates descrita por Platón.

Es humano y valiente mirar a los ojos de la muerte. Pero, ¿qué es la muerte? ¿podemos tener experiencia de la muerte? Ciertamente que sí de la muerte ajena pero ¿de la muerte propia? Las experiencias que nos describe la nueva tanatología (R. Moody, E. Kübler Ross y E. Haraldson) ¿son en realidad experiencias de la muerte o más bien de la antemuerte? ¿Se sitúan en la muerte o en la aproximación a la muerte?

Dejando a un lado estas afirmaciones y experiencias de la nueva tanatología, creo que hay algo de verdad en el famoso sofisma de Epicuro de que no hay que temer a la muerte porque “cuando yo estoy ella no está y cuando ella está yo ya no estoy”. Mi muerte nunca puede serme dada como final dentro del cuadro del destino terreno: porque bien sigo con vida, por muy débil que sea y entonces aún no me concierne, o bien estoy muerto y psicológicamente tampoco me afecta. Freud escribe: “No es completamente imposible el imaginarnos nuestra propia muerte... Por esto la Escuela psicoanalítica ha podido afirmar que en el fondo nadie cree en su propia muerte o lo que es lo mismo que cada uno en su inconsciente está convencido de su quasi inmortalidad”.

Wittgenstein afirma: “La muerte no es un suceso de la vida. No se experimenta la muerte” Y Jean Amery: “Como no hay ningún puente que vaya del ser al no ser, estamos tan desamparados cuando reflexionamos sobre la muerte. No tenemos experiencia de lo que es el paso del no ser al ser, ni del ser al no ser, y por eso estamos desamparados”.

Pero si cabe experiencia de la muerte si caben *presentimientos* de ella. Por supuesto que el ser humano es el único viviente que sabe (de una manera muy teórica la mayor parte de las veces) que va a morir. Afirma Voltaire: “La especie humana es la única que sabe que tiene que morir”. Para un autor como E. Morin este saber es el rasgo más humano, el más cultural del ser humano (más que el utensilio, el cerebro o el lenguaje).

Pero además de esta oscura certeza de la propia muerte como horizonte, existen esos *presentimientos* como anticipaciones de nuestra propia muerte. Como decía García Lorca: “El presentimiento es una sonda que se aproxima al misterio”. ¿Cuáles serían esos presentimientos?

**Primer presentimiento:** El hecho personal de sentir *pasar el tiempo*. José Hierro expresa el contraste entre la perennidad de las rocas y la fugacidad del ser humano:

“Ellas se visten de eternidad,  
Ellas miran declinar los siglos  
Las aguas a su reposo  
Los cielos a su silencio  
Las arenas a su noche  
El hombre a su soledad inevitable”

**Segundo presentimiento.** Lo constituyen las *despedidas*: cambiar de país, ser lanzado al exilio, verse obligado a emigrar. Escribe el poeta Sully Prudhomme:

“Partir es morir un poco  
Es morir a lo que se ama  
Se deja un poco de sí mismo  
En toda hora y todo lugar.”

Si, la despedida es una experiencia más o menos fuerte de desposesión, de desnudamiento. Es un anticipo de lo que será la última y radical despedida.

**Tercer presentimiento.** *La enfermedad grave*. Es aquélla que nos sitúa en un punto que muy bien podría ser irreversible. La enfermedad sería con su experiencia de desvalimiento, de incertidumbre un anticipo de la muerte. Quizás, sólo el que ha pasado por este trance puede comprender esta anticipación.

**Cuarto presentimiento.** *El envejecer*. Es un auténtico tabú en nuestra cultura de la cosmética y de la cirugía estética. El envejecer, piensa Scheler, entraña un sentimiento progresivo de limitación de

las posibilidades de expansión y de realización del yo. Es lo que revela la experiencia de encaminarse a la muerte. La teóloga Felisa Elizondo en la que me inspiro en bastantes de estas reflexiones, aludía a una anécdota de la actriz italiana Ana Magnani. Tenía la actriz un hijo minusválido y volvía siempre que de los rodajes los fines de semana a su casa. Le ofrecieron un trabajo en Hollywood pero le exigieron como condición operarse de las arrugas y bolsas de los ojos. Ana Magnani se negó rotundamente diciendo: "¡Con el dolor que me han costado estas arrugas!"

**Quinto y último presentimiento.** *La muerte de los que amamos.* No simplemente la muerte de los otros. Mi conciencia sí está ahí hasta el final y aun después en la muerte de los que me dejan para siempre. Landsberg no cree que la experiencia de la propia muerte sea algo sustancial. En cambio la muerte de otro me revela el fondo de la experiencia mortal. El otro se aparta radicalmente de mí. Con este duelo experimento mi propia muerte, mi propia ausencia, si no como actual, sí al menos como necesaria en cierto modo como próxima.

### **III. ACTITUD DE ESPERANZA ANTE LA MUERTE**

Además de una actitud de verdad ante el problema de la muerte, yo defendería una actitud de esperanza. La esperanza es un afecto o vivencia de espera y espera positiva, a diferencia del miedo y el terror. Dilata el ánimo, no como el miedo y el terror que encogen el corazón. Es uno de los sentimientos más humanos. G. Marcel habla del hombre como *ser en la esperanza*, de la esperanza como agilizadora de la vida de la persona. La desesperanza, por el contrario es inmovilizadora. Para Marcel no se debe confundir esperanza con optimismo. El optimismo es superficial e ingenuo, la esperanza es profunda, sería, provista de fundamento.

Es verdad que a lo largo de la historia se ha pensado en la muerte como en un final absoluto. Así por ejemplo pensadores como Epicuro, Lucrecio, Diderot, Feuerbach, Freud, Nietzsche y Sartre. Pero también existe la convicción de la muerte como algo superable. Millones creen y han creído que la muerte no es un final absoluto. Han contado con el *más allá*. Así las grandes religiones históricas, como el hinduismo, el budismo, el islamismo y el cristianismo. En el ámbito de la filosofía existe toda una gama de pensadores que cuentan con la superación de la muerte. Así por ejemplo Sócrates, Platón, Descartes, Kant, Scheler y Zubiri, para mencionar algunos. En el grupo de los científicos estarían por ejemplo, Galileo, Newton y Heisenberg.

A mí me impresiona comprobar cómo un ateo radical como Ernst Bloch se rebela contra la muerte como final radical. Rebelarse contra la muerte, dice, no es cuestión de individualismo egoísta. Es cuestión de dignidad personal. Bloch protesta contra la ontologación de la muerte llevada a cabo por Martin Heidegger, contra la petrificación por su mirada medúsica. Lo humano no es la muerte, es la vida. Bloch busca signos de esperanza no celestes sino terrestres, no de arriba, sino de abajo. Repite constantemente “non omnis moriar”, “non omnis confundar”. A su librero poco antes de su muerte le decía: “No sé a dónde iré tras mi muerte. Sólo sé que no voy a morir del todo”.

Signo para él de la superación de la muerte es sobre todo la música. “Si las demás artes” –escribe– “llegan hasta la tumba, la música en cambio va más allá de ella, lo mismo que las buenas obras”. El sonido expresaría una liberación de la opresión del destino y de la muerte. Es Beethoven con su música el máximo superador de límites sobre todo con la marcha fúnebre de la *Sinfonía Heróica* y con la opera *Fidelio*. El mismo Bloch oyó esta música la víspera de su muerte.

Otro signo humano de superación de la muerte al margen de Bloch y de la música ha sido subrayado por Gabriel Marcel: *Es el amor humano*. La valía de nuestro yo como superador de la aniquilación de la muerte la dejaría entrever la resistencia que el amor

opone a la muerte. El amor se rebela contra la muerte de la persona amada. No puede ser la última palabra. Dice Marcel: “Decirle a alguien *te quiero* es decirle no vas a morir”. La Biblia dice a este respecto: “el amor es más fuerte que la muerte”.

No podemos seguramente demostrar con la razón la supervivencia de nuestro yo. Sin embargo la filosofía del conocimiento insiste hoy en que la razón y la lógica no lo son todo. El corazón tiene también sus razones, sus intuiciones, la esperanza tiene también sus propios ojos. Pascal y los mencionados Bloch y Marcel lo han subrayado.

#### **IV. LA ESPERANZA CRISTIANA FRENTE A LA MUERTE**

De ella me considero partícipe. Se trata de una comprensión de la muerte desde Dios, pero no de cualquier Dios, sino del Dios de la Biblia, del Dios del Cristo crucificado y resucitado. La comprensión cristiana de la muerte y de su superación nada tiene que ver con apariciones de difuntos, con leyendas y supersticiones. Tengo que decirles que la teología en los últimos 50 años ha hecho una revisión muy seria de los que se llaman *novísimos o ultimidades*, o también *escatología*. Creo que la mayor parte de los católicos no están hoy al tanto de esta revisión. Esta nueva concepción de las *ultimidades* del hombre es consciente de la pobreza de su saber, es decir, está persuadida de que es muchísimo más lo que ignora que lo que sabe acerca del más allá. Pensamos los creyentes que el Dios de Jesús no sería nuestro Dios sino tuviera algo que ver con nuestra muerte. Ruiz de las Peña en un artículo póstumo ha escrito: “La muerte del hombre pone en crisis al hombre, pero también pone en crisis la identidad de Dios. Si Dios es el que dice ser: el amigo fiel del hombre, el padre benevolente y misericordioso; si Dios ha creado al hombre por amor, lo ha creado *para la vida*. La muerte del hombre interpela la identidad de Dios. La respuesta de Dios a esa interpelación es la *resurrección*”. El auténtico lenguaje cristiano sobre la muerte es y

debe ser *sobrio y realista*. *Sobrio* es decir no retórico, ni histriónico, ni dulzon. *Realista*, es decir un lenguaje que no olvida el aspecto inquietante, el carácter de desgarramiento de la muerte. La liturgia canta: “Si la certeza del morir nos entristece, nos consuela la esperanza de la resurrección”. Dice el teólogo flamenco Schillebeeckx: “Sólo el que admite el mensaje puramente profano de la muerte absoluta, podrá captar algo de la verdad sorprendente y liberadora del Evangelio”. La creencia cristiana de la superación de la muerte no es ya *inmortalidad del alma* sino *resurrección*. Sin duda habíamos devaluado –siguiendo la filosofía griega- la realidad personal psico-somática de alma encarnada y cuerpo animado. Morir sería algo que afecta a la persona en su integridad. También el resucitar. La Biblia habla de *Kainé Ktisis* es decir de *nueva creación*. Sobreviviría nuestro yo integral, nuestra persona, nuestra historia, nuestras relaciones. Tenemos una referencia insoslayable para el creyente en la expresión: “el Crucificado es el Resucitado y el Resucitado es el Crucificado”. Es decir, el Cristo condenado a muerte, torturado, ajusticiado y fracasado ese mismo el resucitado.

Voy a terminar haciendo alusión a la actitud ante la muerte de aquél profundo cristiano que fue Juan Sebastián Bach. Escribe su esposa Ana Magdalena Bach:

“Magdalena –me dijo- donde ahora veré colores más hermosos y oiré la música que hasta ahora hemos podido soñar, ¡y mis ojos verán al mismísimo Señor!... Cada vez se veía más claro que se acercaba a su fin. “Tocad un poco de música –dijo- mientras nos arrollábamos junto a su lecho”. “Cantádmme una hermosa canción sobre la muerte, que ha llegado mi hora”. “Yo vacilé un instante, no sabiendo qué música escoger para aquellos oídos que pronto oirían la música celeste. Pero Dios me inspiró y empecé a cantar el coral *Todos los hombres tienen que morir*, para lo cual había escrito él un preludio en mi cuadernito de órgano. Los demás me siguieron y cantamos a 4 voces. Mientras cantábamos, una expresión de paz se fue reflejando en el rostro de Sebastián. Parecía que ya se había alejado de las miserias de este mundo. Un martes por la tarde, a las 8 y cuarto del 28 de julio de 1750 falleció.

## **BIBLIOGRAFIA**

- AREITIO, R., *Resurrección o inmortalidad*, Bilbao, 1977.
- BERGSON, H., *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. Buenos Aires, 1932.
- CHAUCHARD, P., *La mort* Paris, 1972.
- EBELING, H. (ed), *Der Tod in der Moderne*, Koenigstein, 1979.
- FERRATER MORA, J., *El ser y la muerte*, Barcelona, 1979.
- GONZALEZ DE C., O., *Madre y muerte*, Salamanca, 1993.
- GROUPE LYONNAIS, *La muerte y el hombre del siglo XX*, Madrid, 1968.
- HEIDEGGER, M., *Ser y tiempo*, México, 1962.
- HENZEZEL, M., *La muerte íntima*, Barcelona, 1991.
- KUEBLER-ROSS, E., *La muerte: una amanecer*, Barcelona, 1989.
- LANSBERG, E.L., *Experiencia de la muerte*, Madrid, 1962.
- LOPEZ ARANGUREN, J.L., *Ética* (Cap. 24, La muerte), Madrid, 1958.
- MARTELET. G., *Victoire sur la mort*, Lyon, 1962.
- MOODY, R., *Vida después de la vida*, Madrid, 1978.
- NULAND, S., *Cómo morimos*, Madrid, 1995.
- ORMEA, F., *Superamento della morte*, Turin, 1970.
- RUIZ DE LA PEÑA, J.L., *El hombre y su muerte: antropología teológica actual*, Burgos, 1971.
- SARTRE, J.P., *El ser y la nada*. Buenos Aires, 1964.
- SCHELER, M., *Mort et survie*, Paris, 1993.
- ZUBIRI, X., *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1994.

